

Hugo Chávez gran forjador de lealtades y destructor de capacidades

Alejo Martínez Vendrell

Profesor Facultad de Derecho UNAM

alejomtzvendrell@gmail.com

Marzo 17 de 2013

No hay duda de que los países de América Latina tenemos mucho en común, son múltiples los factores históricos, culturales, sociales y económicos que compartimos. Es en este sentido que podemos sostener que somos pueblos hermanos y que las múltiples coincidencias existentes entre nuestras realidades nos permiten aprovechar experiencias de nuestro subcontinente para aprovecharlas en carne propia. Es en tal contexto que México podría aprender mucho de la muy ilustrativa lección chavista en Venezuela.

Si bien todavía no se aprecian en su plenitud las consecuencias de una estrategia como la de Hugo Chávez Frías, no pasará mucho tiempo en que se manifiesten con mayor claridad, aun cuando muy probablemente todo lo negativo le será achacado a sus sucesores, mientras el autor real continuará siendo idealizado entre los vastos estratos sociales pasajera pero ampliamente favorecidos. El presidente-comandante, quien gobernó de 1999 a 2013, logró la admirable hazaña de reducir el índice de Gini (que mide la distribución del ingreso y entre más bajo más equitativo y que constituye un indicador fundamental para medir el bienestar de un pueblo) de un nivel similar al de México hoy, 49.5 en 1998 a 39 en 2011.

Con su desbordada energía y vitalidad el exótico mandatario alcanzó impresionantes avances en la economía popular al desplegar una brillante estrategia clientelar que le permitió conquistar una fidelidad política sin precedentes, pero en forma paralela ha dejado sembrada una poderosa bomba económica de tiempo. Si bien el carismático líder bajó considerablemente el desempleo no lo hizo de una manera muy productiva. Por la época en que inició Chávez sus sucesivas presidencias 2 millones de venezolanos trabajaban en el aparato gubernamental; hacia el final de su mandato se calcula que los ingresos de unos 8 y medio millones dependían ya de su trabajo burocrático o de los apoyos estatales, lo que equivale a casi el 40% de los mayores de 18 años. Una importante garantía de victorias electorales, pero no de productividad económica. El desplazamiento de personal técnico y bien calificado de la crucial petrolera PDVSA para sustituirlo por abundante personal de la confianza presidencial es sólo una prueba más de un *estilo irracionalmente personal de gobernar*.

De manera incomprensible en función de los muy elevados precios internacionales del petróleo, el déficit presupuestal del gobierno venezolano alcanzó ya en 2012 un escalofriante 17.5% del PIB, lo que equivale a unas 6 veces el déficit de México o al establecido como apenas aceptable por la Unión Europea de 3%. El ambicioso líder, además de su ostensible prurito por conservarse en la Presidencia venezolana y de impulsar con intensidad un culto a su persona, encontraba que ese relevante mandato *le quedaba chico* para su acrecentado ego y en un afán de típicas características megalománicas se esforzaba por extender su individual influencia a todo el subcontinente latinoamericano.

Buscó hacerlo con base en sus petrodólares a un desmesurado costo para la economía venezolana. Su “magnanimidad” a costa de sus compatriotas lo llevó a excentricidades dispendiosas como la de ayudar financieramente a los pobres de Nueva York para mostrar su solidaridad hasta con ciudadanos de su odiado imperio, que paradójicamente era su vez el principal cliente comprador de su petróleo.

Por ello no es de extrañar que también la deuda pública trepara verticalmente hasta alcanzar ahora un 49% del PIB venezolano, no obstante el exorbitante flujo de petrodólares que tuvo la enorme suerte de disfrutar nuestro polarizador caudillo, gracias a que en su época los precios internacionales del oro negro se dispararon: de 11.91 dólares en 1998, el año anterior a su llegada, hasta alcanzar 93.02 en 2012 en su principal mercado de ventas.

En suma, nuestro deslenguado catapultador de insultos a todo opositor, realizó sus logros de disminuir la pobreza a costa de impulsar una política económica que desalentó las inversiones, que reposó en la explotación de una riqueza no renovable mientras propiciaba la pérdida de competitividad del resto de su aparato productivo, que en el afán de incrementar su popularidad y liderazgo dilapidó para el hoy descuidando el daño que causaba para el mañana. Emborrachado por los reflectores y embelesado con los micrófonos, terminó por taladrar las bases de una economía verdaderamente productiva. Por ello, si el hoy candidato presidencial opositor Henrique Capriles no quiere ser a quien le estalle la bomba económica sembrada por su anterior contrincante, correrá con mayor suerte si Nicolás Maduro, con toda la antidemocrática y abusiva estructura electoral que ya tiene montada, gana el 14 de abril los comicios explotando la popularidad de su fallecido padrino político, y así el joven Capriles espera a un próximo turno más propicio para enderezar el naufragante barco venezolano.

Son varias las lecciones que necesitaría aprender México de la experiencia chavista. Conviene destacar al menos una: el ampliamente reconocido economista Joseph E. Stiglitz, ha escrito algo que debiera motivar a los gobiernos mexicanos a una profunda reflexión: “En Venezuela, el mayor productor de petróleo de Latinoamérica, la mitad del país vivía en la pobreza antes del ascenso de Hugo Chávez —y es precisamente ese tipo de pobreza en medio de la abundancia lo que provoca la aparición de líderes como él”. De ninguna forma se trata de una vana o distante advertencia; la realidad mexicana ha probado electoralmente que hemos estado muy, muy cerca de equipararnos a la Venezuela chavista. Más nos valdría que redujéramos sensiblemente nuestro elevado índice de Gini, nuestra desmesurada desigualdad social de una manera constructiva y razonable, si no queremos que lo venga a hacer en forma destructiva un populista redentor o mesías iluminado que tenga tras de sí grandes masas humanas justicieramente agresivas, indignadas y resentidas.

1.- Hugo Chávez gran forjador de lealtades y destructor de capacidades

<http://www.oem.com.mx/elsoldemexico/notas/n2925070.htm> Mzo.25/2013,p.14. Lunes.

Una importante lección para México: más nos vale reducir nuestra desmesurada desigualdad social en forma constructiva si no queremos que lo venga a hacer en forma destructiva un mesiánico populista iluminado.